

# TARZÁN DE LOS MONOS

Edgar Rice Burroughs

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicasen públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística, fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© 2012 Paradimage Soluciones

# ÍNDICE

Prólogo .....	4
En alta mar .....	5
Un hogar en la selva .....	14
Vida y muerte .....	22
Los monos.....	28
El simio blanco.....	34
Combate en la jungla.....	40
La luz del conocimiento.....	46
El cazador en la enramada.....	55
Hombre y hombre .....	60
El fantasma del miedo .....	68
«Rey de los monos».....	72
La razón del hombre.....	81
Su propia especie .....	88
A merced de la selva.....	99
El dios del bosque.....	107
«De lo más extraordinario».....	111
Entierros .....	119
El peaje de la selva .....	127
La llamada de lo primitivo .....	136
Herencia .....	144
La aldea de la tortura.....	154
Expedición de rescate.....	160
Hombres hermanos.....	168
El tesoro perdido .....	175
El puesto avanzado del mundo.....	181
Las alturas de la civilización.....	190
Reaparece el gigante .....	199
Conclusión .....	210

# PRÓLOGO

“Tarzán de los monos” (*Tarzan of the Apes*), publicada por primera vez en la revista pulp *All Story Magazine* en octubre de 1912 y editada como libro dos años más tarde, es la primera novela acerca del mítico personaje de ficción, Tarzán. En ella se narra la historia de John Clayton, hijo de Lord Greystoke, y Alice Rutherford, una pareja de ingleses abandonados en la selva de la costa occidental del África Ecuatorial.

Su autor, Edgar Rice Burroughs, la escribió como primera saga de una aventurera serie literaria, compuesta por 24 novelas, la última del año 1965, a la que siguieron varios volúmenes más, dos de ellos orientados específicamente para el público más infantil.

El indiscutible Rey de los Monos y Amo de la Selva, adorado por muchos, criticado por otros y adaptado en numerosas ocasiones, en su totalidad o en parte, para la radio, la televisión y el cine, es, sin duda, un clásico del género, tanto del literario como del séptimo arte.

Versionado por vez primera para la gran pantalla en 1918, bajo la batuta de Scott Sidney, y considerada ésta como la más fiel adaptación de la novela de Burroughs, Tarzán es, sin embargo, mundialmente conocido, admirado y querido por la inmortal película de Van Dyke, de 1932, que constituye el más remoto recuerdo cinematográfico de no pocas generaciones.

Es desde entonces cuando el “hombre-mono” de Burroughs toma para siempre la figura del espectacular Weissmuller, elegido de entre más de 150 aspirantes al casting, en gran parte por ser el mejor nadador del mundo en los agitados años 20. Y es que, si no puede separarse un film de su coyuntura socioeconómica, Tarzán es el vivo reflejo de lo que necesitaba Estados Unidos tras el crack del 29: un ídolo, cuyo nombre significa Piel Blanca, al rescate de todo y de todos, en quien poder confiar para poder tirar para adelante. Todo un proto-hombre al que se le podría considerar, incluso, como el precursor de los tan actualmente aclamados superhéroes de cómics postmodernos y futuristas.

Un Tarzán ligado indiscutiblemente a Jane; o, lo que es lo mismo, un Weissmuller ligado a su guapísima compañera de reparto, Maureen O’Sullivan, sobre quien sí han llovido más críticas desfavorables relacionadas con sus dotes interpretativos.

En definitiva, todo un clásico indispensable, para pequeños y mayores, con el que arranca la colección ‘Novelas de Cine’ que publica Paradimage.

*Consulta el catálogo completo de obras publicadas por Paradimage en*  
[www.paradimage.com](http://www.paradimage.com)

## EN ALTA MAR

Esta historia me la proporcionó alguien que no tenía motivo alguno para contármela, ni a mí ni a nadie. El principio del relato podría atribuirlo a la seductora influencia que sobre el narrador ejercían los vapores etílicos de una añeja cosecha. El resto de la extraña fábula llegaría como consecuencia de la escéptica incredulidad que manifesté durante los días siguientes.

Cuando mi sociable anfitrión se percató de lo lejos que había llegado en su relato y de que me inclinaba más bien a dudar de la veracidad de lo que me exponía, su insensato orgullo asumió con renovados bríos la tarea que había desencadenado la vieja añeja vinícola y le indujo a desenterrar pruebas documentales que confirmaban los rasgos más sobresalientes de la singular leyenda: un mohoso manuscrito antiguo y ciertos expedientes polvorientos de la Oficina Colonial Británica.

No digo que la historia sea verídica, ya que no fui testigo presencial de los sucesos que detalla, pero la circunstancia de que al contársela asigne nombres ficticios a los protagonistas creo que constituye evidencia suficiente de mi sinceridad al declarar que opino que muy bien pudiera ser cierta.

Las carcomidas y amarillentas páginas del diario de un hombre fallecido hace muchos años y los documentos de la Oficina Colonial Británica coinciden exactamente con la narración de mi cordial anfitrión, así que os presento el relato tal como, tras laboriosos esfuerzos, me ha sido posible componerlo, a base de encajar las diversas fuentes de que dispuse.

Y si la crónica no os parece digna de crédito, al menos convendréis conmigo en que es única, extraordinaria e interesante.

A través de los expedientes de los archivos de la Oficina Colonial y de los datos facilitados por el diario del difunto, nos enteramos de que a cierto joven aristócrata inglés, al que llamaremos lord Greystoke, John Clayton, se le encomendó la particularmente delicada tarea de investigar la situación de una colonia británica situada en la costa occidental de África, entre cuya ingenua población indígena, según determinados informes, otra potencia europea se dedicaba a reclutar soldados para su propio ejército colonial, tropas que sólo utilizaba para recolectar a la fuerza el caucho y el marfil de las tribus que vivían a orillas de los ríos Congo y Aruwimi.

Los nativos de la colonia británica se quejaban de que a muchos de sus jóvenes se los llevaban encandilados con promesas deslumbrantes, pero que muy pocos volvían después junto a su familia, si es que volvía alguno.

Los ingleses establecidos en África llegaban incluso a afirmar que a aquellos pobres negros se los mantenía en una situación de virtual esclavitud y que después de concluido el periodo de alistamiento, los oficiales blancos aprovechaban la ignorancia de aquellos desdichados para engañarles diciendo que aún les quedaban varios años por cumplir.

A la vista de ello, la Oficina Colonial destacó a John Clayton como enviado especial al África Occidental Británica, con un nuevo cargo e instrucciones confidenciales para que realizase una investigación a fondo sobre el trato injusto al que los oficiales de una potencia europea amiga sometían a los súbditos británicos de color. Sin embargo, la causa por la que encargaron a lord Greystoke tal cometido carece de importancia en lo que afecta a este relato, puesto que no llegó a realizar investigación alguna; a decir verdad, ni siquiera alcanzó su punto de destino.

Clayton pertenecía a ese tipo de hombre inglés que uno suele asociar de buen grado a esos nobilísimos monumentos con que se conmemoran las hazañas victoriosas obtenidas en mil campos de batalla: un hombre vigoroso y varonil, tanto mental como física y moralmente.

De estatura superior a la media, tenía ojos grises y facciones regulares y enérgicas; salud de hierro, porte distinguido y constitución robusta, lógico fruto todo ello de los años de adiestramiento y práctica militar.

La ambición política le había inducido a solicitar el traslado del ejército a la Oficina Colonial y así le encontramos, joven aún, encargado de una misión delicada e importante al servicio de la Reina.

Al recibir el nombramiento, Clayton se sintió entusiasmado y horrorizado a la vez. Aquel ascenso le parecía normal, un honor merecido, el premio a sus esfuerzos y a la inteligente labor que había llevado a cabo; representaba también ascender un peldaño más en el escalafón que conducía a puestos de mayor importancia y responsabilidad. Por otra parte, sin embargo, apenas habían transcurrido tres meses desde su boda con la honorable Alice Rutherford y le aterraba la idea de llevar a la preciosa muchacha al aislamiento y los peligros del África tropical.

Por ella hubiera rechazado el nombramiento, pero la joven no lo habría consentido de ninguna manera. Muy al contrario, la muchacha insistió en que lo aceptara y se empeñó en acompañarle.

Había madres y hermanos, tíos y primos que echaron su cuarto a espadas en el asunto; pero de esas opiniones y del tono en que las expresaron no dice nada el relato.

De lo que sí queda constancia es de que una luminosa mañana del mes de mayo de 1888, John, lord Greystoke, y lady Alice, zarparon de Dover, rumbo a África.

Al cabo de un mes llegaban a Freetown, puerto en el que fletaron un velero, el Fuwalda, que debía trasladarlos a su destino.

Y en ese punto John, lord Greystoke, y lady Alice, su esposa, se perdieron de vista y no se volvió a saber nada más de ellos.

Dos meses después de que el Fuwalda hubiese levado anclas y se alejara de Freetown, media docena de buques de guerra británicos recorrieron aquella zona del Atlántico sur, en busca de la pareja o de algún rastro de su velero. El casi inmediato descubrimiento en la playa de la isla de Santa Elena de los restos del naufragio convenció al mundo de que el Fuwalda se había hundido con cuanto llevaba a bordo, de modo que la búsqueda se interrumpió cuando apenas acababa de iniciarse, aunque en varios corazones anhelantes la esperanza continuó aleteando durante muchos años.

Bergantín de unas cien toneladas, el Fuwalda era un típico barco mercante como muchos otros de los que por entonces se dedicaban al tráfico marítimo en el Atlántico meridional, cuyas tripulaciones las componían lo más facineroso de la escoria del mar: asesinos que habían dado esquinazo a la horca y sanguinarios malhechores de toda raza y nacionalidad.

El Fuwalda no era ninguna excepción a aquella regla. Sus oficiales, matones endurecidos, odiaban a la tripulación y, naturalmente, la tripulación les pagaba en la misma moneda. El capitán, con todo y ser un competente lobo de mar, trataba a sus hombres con despiadada brutalidad. En sus relaciones con ellos, sólo conocía, o sólo empleaba, dos argumentos: la barra de hierro llamada cabilla y el revólver. Es harto probable que aquella abigarrada chusma que tenía a sus órdenes no entendiese ningún otro.

Así que, desde el día siguiente al de la partida de Freetown, John Clayton y su joven esposa presenciaron en la cubierta del Fuwalda escenas que jamás hubieran creído posible que se desarrollaran en otro lugar que no fuesen las cubiertas ilustradas de las novelas de piratas.

En la mañana del segundo día se forjó el primer eslabón de la que iba a ser una cadena de circunstancias que se remataría con el nacimiento de una criatura de vida sin parangón en la historia de la humanidad.

Dos marineros fregaban la cubierta del Fuwalda, el primer piloto estaba de guardia y el capitán hizo un alto en su camino para hablar con John Clayton y lady Alice.

Los marineros trabajaban retrocediendo de espaldas hacia el pequeño grupo, que se encontraba de cara hacia el lado opuesto por el que se acercaban los tripulantes. Éstos siguieron aproximándose hasta que uno de ellos quedó inmediatamente detrás del capitán. Unos segundos más y habría pasado de largo, con lo que este insólito relato tal vez no se hubiera escrito jamás.

Pero en aquel preciso instante, el capitán dio media vuelta para separarse de lord y lady Greystoke y, al hacerlo, tropezó con el marinero, cayó de bruces sobre la cubierta, volcó el cubo de fregar y el agua sucia que contenía éste le dejó como una sopa.

La ridiculez de la escena duró segundos, muy pocos segundos.

Porque, casi automáticamente, al tiempo que despedía una andanada de espantosos reniegos y la iracunda mortificación soliviantaban su rostro tiñéndolo de escarlata, el capitán se puso en pie y propinó al marinero un golpe terrible que lanzó al hombre contra la cubierta.

Era un individuo menudo y entrado en años, lo que acentuó la brutalidad del acto. El otro marinero, sin embargo, no era viejo ni pequeño, sino un tipo gigantesco y robusto como un oso, de fiero bigote negro y grueso cuello de toro asentado firmemente entre los hombros macizos.

Al ver caer a su compañero, encogió el cuerpo para tomar impulso y, a la vez que emitía un sordo gruñido, se precipitó sobre el capitán y con un solo pero demoledor derechazo le hizo doblar la rodilla.

El rostro del capitán pasó del rojo al blanco, porque aquello era sedición, un motín que no era el primero al que se enfrentaba en su desalmada carrera profesional. Estaba

acostumbrado a dominarlos. Sin incorporarse, tiró fulminantemente de revólver y disparó a quemarropa contra la formidable montaña de músculos erguida ante él. Sin embargo, con todo lo rápido que fue en sus movimientos, John Clayton, casi le superó en celeridad, por lo que la bala cuyo objetivo era el corazón del marinero se vio desviada en su trayectoria y se alojó en la pierna del hombre, ya que lord Greystoke se había apresurado a golpear el brazo del capitán, en cuanto vio centellear el arma a la luz del sol.

Hubo un intercambio de palabras entre Clayton y el capitán, durante el cual lord Greystoke dejó bien claro el disgusto que le producía la brutalidad con que se trataba a la tripulación y manifestó que no estaba dispuesto a consentir que se produjeran más escenas como aquella en tanto lady Greystoke y él estuviesen a bordo como pasajeros.

El capitán estuvo en un tris de replicar airadamente, pero lo pensó mejor, dio media vuelta bruscamente y, fruncido el ceño y tenebrosa de rabia la expresión, se alejó hacia popa.

No le seducía lo más mínimo ponerse a malas con un funcionario inglés, porque el poderoso brazo de la reina enarbolaba un instrumento punitivo cuya eficacia él sabía apreciar y, en consecuencia, respetaba: la Marina británica, cuyo alcance era infinito.

Los dos marineros empezaron a recobrarse y el viejo ayudó a ponerse en pie a su compañero herido. El gigantón, conocido entre sus camaradas por el nombre de Michael el Negro, probó cautelosamente a apoyar la pierna tiroteada y, tras cerciorarse de que aguantaba el peso del cuerpo, miró a Clayton y le dio las gracias con un áspero gruñido.

Aunque el tono del hombre fue desabrido, su reconocimiento no dejaba de ser evidente. Apenas había terminado de pronunciar sus bienintencionadas palabras de gratitud, giró sobre sus talones y echó a andar cojeando hacia el castillo de proa, con el manifiesto propósito de evitar todo posible diálogo ulterior.

No volvieron a verle en varios días, como tampoco les concedió el capitán el honor de departir con ellos; les dirigía la palabra sólo cuando era imprescindible y siempre a base de gruñidos hoscos.

Continuaron comiendo en la cámara de oficiales, tal como solían hacer antes del infortunado lance; pero el capitán tuvo buen cuidado en arreglárselas para que alguna de sus obligaciones le impidiese coincidir con ellos a la mesa.

Los demás oficiales eran individuos toscos e incultos, de nivel humano sólo ligeramente superior al de la canallesca tripulación que tenían a sus órdenes, y se esforzaban al máximo para eludir todo trato social con el refinado aristócrata inglés y su elegante esposa, de forma que los Clayton se pasaban la mayor parte del tiempo solos, sin que nadie alterase su tranquilidad.

Lo cual se ajustaba perfectamente a sus deseos, aunque también los excluyó de la vida cotidiana del buque y, al dejarlos un tanto aislados, les impidió estar en contacto con los sucesos que culminarían en sangrienta tragedia.

Saturaba la atmósfera de la embarcación ese algo indefinible que augura el desastre. Exteriormente, que los Clayton supieran, a bordo del pequeño velero todo marchaba como siempre; pero aunque no se lo confesaran el uno al otro, ambos presentían que una corriente invisible impulsaba a todos hacia un peligro desconocido.

Dos jornadas después del incidente en el que Michael el Negro acabó herido, Clayton salió a cubierta en el preciso instante en que cuatro miembros de la tripulación bajaban el cuerpo inerte de un compañero, mientras el primer oficial, que empuñaba una gruesa cabilla, contemplaba con expresión feroz al grupo de hoscos marineros.

Clayton no formuló pregunta alguna no hacía falta y al día siguiente, cuando en el horizonte se recortó y fue aumentando de tamaño la silueta de un buque de guerra británico, se sintió medio decidido a solicitar que los subieran a bordo del mismo, a lady Alice y a él, ya que cada vez cobraban más fuerza los temores de que, si continuaban en aquel siniestro Fuwalda, sólo podría ocurrirles alguna desgracia.

Hacia el mediodía, los buques estaban tan cerca uno de otro que se podía hablar con el barco de guerra británico, pero cuando Clayton casi había decidido pedir al capitán que los trasladase a bordo, comprendió súbitamente lo ridículo de semejante solicitud. ¿Qué razones podía ofrecer al oficial que estuviese al mando de la nave de Su Majestad para justificar el deseo de volver hacia el punto de donde procedía?

En el caso de que declarase que el motivo consistía en el trato violento que los oficiales aplicaron a dos marineros rebeldes, los del buque de guerra se reían para sus adentros y atribuirían el deseo de abandonar el Fuwalda a un solo motivo: cobardía.

John Clayton, lord Greystoke, no solicitó que le permitieran trasladarse al buque de guerra británico. Bastante después del mediodía contempló cómo iban perdiéndose tras la lejana línea del horizonte los palos de aquel barco. Antes de eso, sin embargo, se enteró de algo que confirmaba sus más negros temores y que le impulsó a maldecir el falso orgullo que pocas horas antes le había impedido procurar seguridad a su joven esposa, cuando tal seguridad estaba a su alcance... Una seguridad que había desaparecido ya para siempre.

A media tarde, el menudo y anciano marinero que unos días antes derribara a golpes el capitán se llegó a las proximidades de la borda desde donde John Clayton y su esposa observaban el cada vez más diminuto perfil del gran buque de guerra. El viejo limpiaba los dorados y, con disimulo, se fue acercando hasta situarse casi pegado a Clayton.

-El infierno se va a desencadenar sobre esta nave, señor -susurró-.

Acuérdese de lo que le digo. Esto va a ser un infierno.

-¿Qué quiere decir, amigo? -preguntó Clayton.

-Vamos, ¿es que no se da cuenta de lo que está ocurriendo? ¿No se ha enterado de que esos hijos de Satanás del capitán y sus sicarios se están ensañando con la tripulación?

»Ayer rompieron la cabeza a dos marineros. Hoy han sido tres.

Michael el Negro ya se ha recuperado casi del todo y no es hombre que aguante esta situación; fíjese en lo que le digo, señor.

-¿Insinúa, amigo, que la tripulación proyecta amotinarse? -inquirió Clayton.

-¡Amotinarse! -exclamó el viejo marino-. ¡Amotinarse! En lo que piensan es en asesinar, señor, no olvide lo que le digo, señor.

-¿Cuándo?

-Está al caer, señor; la rebelión va a producirse de un momento a otro, pero no sé exactamente cuando. He hablado ya más de la cuenta, pero usted se portó bien con nosotros el otro día y pensé que debía avisarle. Le aconsejo, sin embargo, que mantenga el pico cerrado y que, en cuanto oiga disparos, baje a su camarote y se quedé allí.

»Eso es todo, límitese a mantener la lengua quieta, si no quiere recibir un balazo, y tenga presente lo que le he dicho, señor.

El viejo marinero continuó sacando brillo a los metales, tarea que le apartó del lugar donde se encontraban los Clayton.

-Vaya panorama que se nos presenta, Alice -comentó lord Greystoke.

-Debes ir inmediatamente a avisar al capitán, John. Puede que aún estemos a tiempo de evitar la revuelta.

-Supongo que, en efecto, debería hacerlo, pero por motivos puramente egoístas casi me inclino a «mantener el pico cerrado». Hagan lo que hagan los miembros de la tripulación, estoy seguro de que no se meterán con nosotros, en agradecimiento por mi postura a favor de Michael el Negro. Pero si descubren que los he traicionado, no tendrán piedad de nosotros, Alice.

-Tu deber sólo es uno, John, y consiste en respaldar la autoridad legítimamente constituida. Si no vas en seguida a advertir al capitán, tendrás tanta responsabilidad en lo que suceda como si hubieras con-tribuido intelectual y físicamente a planear y a llevar a cabo la rebelión.

-No lo entiendes, cariño replicó Clayton-. En quien pienso es en ti... ahí reside mi deber primordial. Esta situación la ha provocado el mismo capitán, así que, ¿por qué he de arriesgarme a someter a mi esposa a una serie de horrores imprevisibles en un probablemente inútil intento de evitarle a él las consecuencias de su locura bestial? ¿Es que no te das cuenta, mi vida, de lo que ocurriría si todos esos desalmados se hicieran con el dominio del Fuwalda?

-El deber es el deber, John, y ningún argumento engañoso lo cambiará. Mala esposa sería yo para un noble inglés si por mi culpa dejases de cumplir deberes tan palmarios. Comprendo perfectamente que sobrevendrán graves peligros, pero puedo afrontarlos junto a ti.

-Se hará, pues, como quieres -accedió Clayton con una sonrisa-. Tal vez nos estemos metiendo en un compromiso serio. Aunque no me gusta el cariz de lo que sucede a bordo de esta nave, quizá las cosas no sean tan malas al fin y al cabo. Es muy posible que ese «viejo marinero» sólo haya manifestado los deseos de su perverso corazón en vez de expresar hechos reales.

»Los motines en alta mar sin duda eran corrientes hace cien años, pero en este año de gracia de 1888 son sucesos de lo más improbable.

»Ahí va el capitán hacia su camarote. Me acercaré a avisarle, ya que los malos tragos cuanto antes se pasen mejor. Y no tengo el estómago todo lo resistente que me haría falta para tratar con esa bestia.

Como colofón a sus palabras echó a andar rumbo a la escalera de toldilla por la que había pasado el capitán y, un momento después, llamaba a la puerta del camarote.

-¡Adelante! -rezongó en tono ronco el malhumorado capitán.

Una vez entró Clayton y después de cerrar la puerta tras de sí, el oficial inquirió:

-¿Y bien?

-Vengo a informarle de los puntos esenciales de una conversación que he oído hoy, porque, si bien es posible que sea una falsa alarma y el asunto quede en nada, conviene que esté usted prevenido, por si acaso.

En resumen, se trata de que la tripulación piensa amotinarse y asesinar a quien se le ponga por delante.

-¡Eso es mentira! -rugió el capitán-. Y si ha vuelto a entrometerse en lo que se refiere a la disciplina de este buque o insiste en hurgar en asuntos que no le importan, habrá de atenerse a las consecuencias e irse al diablo. Me tiene sin cuidado el que sea usted un lord inglés. Yo soy el capitán de este barco y le exijo que, en adelante, deje de meter sus impertinentes narices en mis atribuciones.

El capitán había perdido los estribos de un modo tan frenético que su rostro estaba cárdeno de furor. Pronunció las últimas palabras a voz en cuello y las subrayó descargando furiosamente contra la mesa uno de sus enormes puños, a la vez que agitaba el otro frente al semblante de Clayton.

Greystoke no se alteró lo más mínimo, sino que permaneció tranquilo, de pie, sosteniendo la mirada colérica del capitán.

-Capitán Billing -silabé Clayton finalmente-, perdone mi sinceridad: es usted lo que se dice un perfecto burro.

Dio media vuelta y salió de la cámara con su acostumbrada flema indiferente, una calmada actitud sin duda calculada para provocar torrentes de iracundas imprecaciones en sujetos de la catadura moral de Billing.

Es posible que el capitán se hubiera arrepentido de sus precipitadas palabras de haber intentado Clayton aplacarle, pero al no ser así, sino todo lo contrario, el mal genio del oficial situó a éste en una irreversible postura negativa que impedía toda posibilidad de colaboración en pro del bien común. La última posibilidad se había disipado.

-Bueno, Alice -comunicó Clayton a su esposa, al reunirse con ella-.

Podía haberme ahorrado el esfuerzo. Ese individuo ha demostrado ser un ingrato. Le faltó muy poco para lanzarse sobre mí como un perro rabioso.

Por lo que a mí respecta, tanto él como su maldito barco pueden irse al garete. Hasta que tú y yo nos encontremos a salvo, emplearé todas mis energías en velar por nuestra propia seguridad. Y creo que, para empezar, lo primero es ir a nuestro camarote y coger mis revólveres.

Ahora me arrepiento de haber guardado en los baúles que van en la bodega las armas largas y las municiones.

Encontraron sus compartimentos en el mayor desorden. La ropa de los cajones y las maletas, ahora abiertos, parecían desperdigadas por el reducido espacio del camarote y hasta las camas estaban deshechas y rotas.

-Es evidente que alguien tiene más interés por nuestras pertenencias que nosotros mismos - observó Clayton-. Echemos un vistazo, Alice, a ver qué falta.

Una revisión completa demostró que no les habían quitado nada, salvo los dos revólveres de Clayton y unos cuantos cartuchos que había separado para dichas armas.

-Precisamente las cosas que más desearía que me hubiesen dejado - dijo lord Greystoke- y el detalle de que hayan organizado todo este desbarajuste para llevarse esas armas y nada más que esas armas resulta algo de lo más ominoso.

-¿Qué vamos a hacer, John? -preguntó Alice-. Tal vez estabas en lo cierto al opinar que nuestras mayores posibilidades residían en mantener una actitud neutral.

»Si los oficiales se las arreglan para dominar el amotinamiento, no tendremos nada que temer, y si los sediciosos logran su objetivo, nuestra esperanza, aun que débil, consistirá en la circunstancia de no haber intentado frustrar sus designios ni oponernos abiertamente a ellos.

-Tienes razón, Alice. Nos mantendremos en el centro del camino.

Cuando se disponían a poner en orden el camarote, Clayton y su esposa advirtieron simultáneamente que por debajo de la puerta asomaba la esquina de un pedazo de papel. Clayton se inclinó para cogerlo y vio, sorprendido, que el papel se deslizaba hacia el interior de la estancia. Comprendió que alguien lo estaba empujando desde fuera.

Se acercó a la puerta rápida y silenciosamente, pero cuando alargó la mano hacia el picaporte, Alice le agarró la muñeca.

-No, John -susurró la muchacha-. No desean que los veamos, así que vale más que no lo hagamos. Ten presente que hemos decidido mantenernos neutrales.

Clayton dejó caer el brazo, al tiempo que esbozaba una sonrisa.

Permanecieron inmóviles, con la mirada en el papel que, al final, quedó inmóvil sobre el suelo del camarote, junto al borde inferior de la puerta.

Entonces, Clayton se agachó para recogerlo. Era un trozo de papel blanco, sucio, torpemente doblado en irregular rectángulo. Al desdoblarlo, los ojos de Clayton tropezaron con un mensaje escrito en toscas letras de imprenta, casi ilegible, con todos los indicios de haber sido trazadas por alguien nada acostumbrado a tales tareas caligráficas.

Traducida, la nota era un aviso para que los Clayton se abstuvieran de denunciar la pérdida de sus revólveres y de repetir lo que el viejo marinero les había confesado. Abstenerse de ello o enfrentarse a la pena de muerte.

-Imagino que seremos buenecitos -Clayton acompañó sus palabras con una sonrisa pesarosa. Lo único que podemos hacer es cruzarnos de brazos, sentarnos y esperar lo que puede venir.

## UN HOGAR EN LA SELVA

No tuvieron que esperar mucho, porque a la mañana siguiente, cuando Clayton salió a cubierta para dar el acostumbrado paseo de todos los días antes del desayuno, retumbó un disparo, al que sucedió otro y luego otro más...

La escena que se desarrollaba ante sus ojos confirmó los más negros temores de Clayton. El reducido grupo de oficiales formaba una piña frente a la tripulación del Fuwalda, acaudillada por Michael el Negro.

La primera descarga de los oficiales impulsó a los marineros a dispersarse a toda velocidad, para ponerse a cubierto tras los mástiles, la cabina del timón y otros parapetos y puntos ventajosos, desde los que respondieron al fuego graneado de los cinco oficiales que representaban la autoridad a bordo del buque.

El revólver del capitán abatió a dos marineros, cuyos cuerpos quedaron tendidos en el lugar donde cayeron, entre los combatientes.

Entonces, el primer oficial se desplomó de cara y, a un grito de mando de Michael el Negro, los amotinados se lanzaron al ataque sobre los restantes cuatro oficiales. La tripulación sólo había podido reunir seis armas de fuego, por lo que la mayoría de sus miembros no enarbolaban más que bicheros, hachas, destrales y barras de hierro.

El capitán había vaciado su revólver y estaba recargándolo cuando se produjo la carga. El arma del segundo oficial se había encasquillado, por lo que sólo dos armas de fuego podían oponerse a los sediciosos, que se precipitaron sobre sus enemigos, los cuales retrocedieron ante el furibundo asalto de los marineros.

Los dos bandos maldecían y blasfemaban espantosamente lo que, junto con el estruendo de las detonaciones y los gritos y lamentos de los heridos, convertía la cubierta del Fuwalda en un frenético manicomio.

Antes de que los oficiales hubiesen retrocedido una docena de pasos, ya tenían encima a los miembros de la tripulación. El hacha que esgrimía un fornido negro hendió la cabeza del capitán, desde la frente hasta la barbilla, y unos segundos después todos los oficiales habían sucumbido; muertos o malheridos a causa de docenas de golpes y balazos.

La acción de los amotinados del Fuwalda fue tan espeluznante como rápida de ejecución y, durante todo su desarrollo, John Clayton permaneció descuidadamente apoyado junto al tambucho, mientras fumaba su pipa con aire meditativo, como si estuviese presenciando un partido de criquet que le fuera indiferente.

Al caer el último oficial, Greystoke pensó que había llegado el momento de volver junto a su esposa, no fuera caso que alguno de aquellos individuos de la tripulación la encontrase sola en el camarote.

Si bien tranquilo y displicente por fuera, Clayton se sentía interiormente repleto de aprensión y nerviosismo, temiendo por la suerte que podía correr Alice en manos de aquellos ignorantes rufianes, en las que un destino inexorable los había puesto a ambos.

Cuando dio media vuelta para descender por la escalera, le sorprendió ver a su esposa en lo alto de la misma, casi junto a él.

-¿Cuánto hace que estás aquí, Alice?

-Desde el principio -respondió ella-. Ha sido terrible, John. ¡Oh, qué espantoso! En poder de esos criminales, ¿qué podemos esperar?

-De momento, espero que el desayuno -sonrió alentadoramente

Clayton, con la sana intención de eliminar en lo posible los temores de Alice. Añadió:- Al menos, voy a pedir que nos lo sirvan. Ven conmigo. No hemos de permitir que piensen que esperamos de ellos otra cosa que no sea un trato amable.

Por entonces, los marineros se habían arremolinado en torno a los oficiales muertos y heridos, a los que sin prioridades ni compasión procedieron a arrojar por la borda. Dispusieron de sus propios muertos y moribundos con idéntica falta absoluta de humanidad.

En aquel momento, uno de los marineros observó que Clayton y su esposa se les aproximaban y gritó:

-¡Ahí vienen otros dos dispuestos a ser pasto de los peces!

Y se precipitó hacia ellos, enarbolada el hacha.

Pero Michael el Negro fue incluso más rápido y el individuo recibió un impacto de bala en la espalda y se desplomó antes de haber dado media docena de zancadas.

Al tiempo que emitía un impresionante rugido, para atraer la atención de los demás, Michael el Negro señaló con el dedo a lord y lady Greystoke y advirtió con voz tonante:

-Estos son amigos míos y hay que dejarlos en paz. ¿Entendido?

Se dirigió a Clayton.

-Ahora soy yo el capitán de este buque -dijo-. No se metan en nada y nadie les causará daño alguno.

Miró a sus hombres con gesto amenazador.

Los Clayton siguieron las instrucciones de Michael el Negro tan al pie de la letra que en los días inmediatos apenas vieron a la tripulación ni tuvieron la menor noticia de los planes que trazaban.

A sus oídos llegaban de vez en cuando ecos de las reyertas y peleas que se producían entre los sediciosos y, en dos ocasiones, el avieso ladrado de las armas de fuego resonó en el tranquilo aire. Pero Michael el Negro era el cabecilla apropiado para aquella caterva de malhechores convertidos en marineros y los mantenía sometidos bastante férreamente a su autoridad.